

fue su soledad se ha convertido en una escuela. ¿Qué tiene usted que agradecerme, Maravall? ¿Por qué una vez y otra, sin cesar, nos ofrece de una bandeja?

## Todo en paz, en su pausa

Pero ahora Maravall está sentado, apacible, cerca del ventanal. Hará ya cosa de una hora que recorrimos los visillos, la tarde se fue retirando con el índice sobre los labios, y nosotros, obedientes al cambio de la luz, hablamos con la voz más baja. Antes, con la luz fuerte del sol firme, hablábamos más alto; más tarde, con la luz eléctrica, hablaremos más alto; pero ahora, mientras dura este raro prodigio de una luz que tiene padre y madre —el día y la noche—, mientras dura esta penumbra en luz, esta luz que se despide delicada como una dama, hemos arrodillado el volumen de nuestra voz, y casi susurramos. Incluso el vaso: al dejarlo sobre la mesa, lo hacemos con mayor cuidado, para no agrietar el silencio. Todo es más interior, y nosotros también lo somos, como la tarde en sombra. Don Diego de Velázquez debe de estar soñándonos. Don Antonio Machado puede estar escuchando este rumor de ruidos leves y de palabras íntimas, presididos por el latido del corazón convaleciente del maestro. Está sentado Maravall ahora. Nos habla suavemente, copiosamente, magistralmente y casi silenciosamente. Está sentado junto al ventanal, muy cerca de él, al contraluz a de esta tarde dichosa: la penumbra atraviesa el cristal y le toca los hombros, pero respeta en él el blancor de las manos, la claridad del rostro y la sonrisa sucesiva. Tengo de pronto la sensación de que esta realidad es también un recuerdo, de que estoy habitando en un recuerdo; de que recuerdo cada gesto, cada palabra, conforme se producen. ¿Este era, pues, el tiempo machadiano? Poder tocarme con mis manos y no ignorar que, al mismo tiempo, estamos dentro de un espejo. Es una sensación iluminada, a la vez misteriosa y tangible, casi escalofriante en su sencillez repentina: la sensación de ser, al mismo tiempo, realidad y memoria. No se ha quedado quieto el tiempo: alarga las manos y apacigua, acaricia, el ritmo del instante. De repente, todos somos Velázquez, todos somos Machado, y esta escena, este espejo en el que habitamos, se ha sentado a posar. En el centro (más no en el centro físico, no al centro del espacio: en el centro de esta intimidad, de esta pausa), Maravall, con la figura ya en penumbra, nos habla o nos conduce; nosotros escuchamos o descubrimos. Y todo está posando. Hasta la voz muy tenue de Maravall, en el aire, sueña muy bajo, pero un poco más, para dar tiempo a que el tiempo la transforme en un poco de tiempo. Súbitamente entiendo hasta qué punto soy mi realidad y mi memoria. Miro la voz de Maravall (este hombre que nos viene diciendo desde hace muchos años que la historia es la realidad de la memoria y la memoria de la realidad), miro su rostro ya en penumbra, miro la casi noche que empuja suavemente el ventanal, siento una alegría secreta, vegetal, lentísima, y comprendo que cuando recuerde estas horas, cuando evoque este contraluz, las palabras de un inmenso español («Tarde tranquila...») me ayudarán a relatar la tarde que pasé en la casa de otro inmenso español; las magas horas que fueron pudorosamente formando una tarde tranquila. Casi con placidez de alma. Un raro instante atónito, sigiloso, que varios seres no podrán —ni querrán— olvidar.



*Nunca olvidé esa tarde. Nunca la olvidaré. Escribí las páginas en que la relataba —esas páginas que anteceden— en el verano de 1983, a petición de Mari Carmen Iglesias y con destino a un homenaje de la Universidad Complutense de Madrid al profesor Maravall. Se publicaron en 1985\*. Las reproduzco ahora, aquí, en este homenaje a Maravall que la Revista que él tantos años dirigiera le dedica hoy con orgullo y tristeza. Veintidós años dirigió y luego presidió Maravall esta Revista. Otros tantos disfruté de su magisterio y de su compañía. Gozar durante tantos años de la proximidad cotidiana de un sabio y del cariño y la solidaridad de un hombre extraordinario ha sido una de las más grandes fortunas que me ha deparado la vida. No puedo aquí contar con pormenor esa fortuna: ese relato reclamaría la extensión no de un artículo sino de un volumen. Una de las primeras lecciones sigilosas que recibí de él es esta: un escritor no debe escatimarse, y menos cuando se encuentra ante un gran tema. He dicho «sigilosas»: un día, encontrándome yo necesitado de documentación sobre la historia social de la Andalucía de los siglos modernos (quería escribir unas cuartillas sobre el origen y el desarrollo de los cantes flamencos), le pedí a Maravall orientación para seleccionar bibliografía. Sobre la marcha y de memoria me hizo anotar una decena de volúmenes. Luego, durante un tiempo, y como conocía sobre qué tema yo me preparaba a escribir (el flamenco, su contexto social, la historia de los gitanos españoles), el maestro Maravall solía dejar sobre mi mesa fichas sobre los temas que a mí me interesaban: él frecuentaba las bibliotecas y la Hemeroteca y, cuando hallaba un texto que consideraba de utilidad para mi investigación, tomaba nota de la referencia bibliográfica, o copiaba el pasaje, y en fichas manuscritas me entregaba esa ayuda (y también: esa incitación a trabajar con seriedad). De esta manera «sigilosa», Maravall me iba invitando a no volar sobre mi tema, sino a convivir con él, a historiarlo. Así lo fui haciendo. Leí muchos libros —algunos, por él recomendados—, los fiché, guardé las fichas ordenadas, leí más libros, encontré documentos, me engolfé en la penumbra de las bibliotecas y en las ramificaciones casi infinitas que en cada tema nacen. Y un día, con mi fichero rebosante, me puse a redactar: lo que en su origen había sido el propósito de redactar un artículo de cuarenta o cincuenta páginas acabó convertido en mil folios\*\*. Lo repito: un escritor no debe escatimarse, y menos cuando se encuentra ante un gran tema. ¿Cómo podría yo, entonces, despachar en unas cuartillas la historia de mi amistad con Maravall, la historia de su permanente saber humano e intelectual gravitando sobre el tejido de mis conocimientos, pero también sobre mi alma? ¿Cómo dedicar a ese tema, a ese gran hombre y a tantos años de fortuna, las meras horas de un fin de semana? Me parecería un poco inmoral. Debo ahora, pues, tener paciencia, no quemar en unas cuartillas una historia de amistad y de magisterio para mí tan enriquecedora, y esperar que la vida me ofrezca el tiempo justo que Maravall de mí requiere y se merece. Alguna vez, he de contar todos aquellos años que llamo de fortuna. Ahora quiero contar la prueba —una prueba estremecedora, misteriosa— de que todos aquellos años en su cercanía acabarían siendo para mí algo parecido a un prodigio. En ese prodigio —ahora, muerto ya Maravall— no está ausente la pena.*

\* Homenaje a José Antonio Maravall. Tres vols. Varios autores. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid, 1985.

\*\* Memoria del flamenco. Dos vols. Espasa-Calpe, Madrid 1977. Nueva edición: Espasa-Calpe, 1987.

«Muerto ya Maravall...»: son palabras inexplicables. Yo las he escrito, pero no las entiendo. Sé que la muerte se nos lleva a todos, pero ese suceso es ininteligible. Maravall fue víctima de varios infartos de miocardio. En «Contraluz» lo vemos convaleciendo de uno de ellos. Se recuperó de él y continuó trabajando. Concluyó su extraordinario libro sobre La Picaresca. Continuó trabajando, que es tal vez la manera más firme y duradera de vivir, y ninguno de cuantos lo queríamos pensábamos para nada en su muerte. En la madrugada del día 19 de diciembre de 1986, don José Antonio Maravall fue víctima de un nuevo infarto. En pocas horas se recuperó (pareció que se recuperaba). La mañana siguiente lo halló pidiendo a su familia unos libros, algunas fichas: en la clínica, quería continuar trabajando. Alegre, resurrecto otra vez. Pidió a sus hijos y a su esposa que me llamasen para tranquilizarme (cuando supe aquel deseo de mi maestro me sentí indeciblemente orgulloso: me quería tanto como yo a él). No hubo tiempo para avisarme. Esa llamada tranquilizadora no fue posible: el viejo titán malherido fue víctima de otro asalto de la muerte. Fue ése el último asalto. Hacia las doce de la noche, Tulio de Miqueli me llamó desde el diario ABC para pedirme una cuartilla rápida: Maravall acababa de morir. Candorosamente, Tulio de Miqueli creyó que yo conocía la noticia. Cuando supo que no, cuando me lo notó en la voz, me pidió disculpas: ¿qué cuartilla iba yo a poder escribir en ese instante? Con mi hija Guadalupe tomé un taxi y fui hasta la clínica. El cadáver de Maravall ya no estaba en la clínica. Fuimos hasta la funeraria. Y allí lo vimos muerto. Su rostro quieto estaba hermoso. Con su hijo José María permanecí esa noche en la funeraria (a María Teresa, la esposa del maestro, sus hijos la habían obligado a retirarse e intentar descansar). Lo acompañé unas horas. Varias veces miré la cara quieta de Maravall (es enigmático: después, nunca lo he recordado muerto: siempre que lo recuerdo nos habla, nos sonríe). Al día siguiente le dimos sepultura en una tarde invernal y lluviosa.

El prodigio a que ya he aludido vino poco después y parece decirnos algo sobre la fragilidad de la muerte. Sabemos cuán frágil es la vida, mas sólo en muy escasos hechos podemos comprobar que también es frágil la muerte. El despacho de Maravall se encontraba a unos metros de distancia del mío y del de la Redacción de Cuadernos Hispanoamericanos, en el piso segundo del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Casi todos los días se encerraba por algún tiempo en su despacho a trabajar, y luego, para hablar del trabajo o comentar algún suceso político o, simplemente, para estar con nosotros charlando (sus charlas solían ser para nosotros casi siempre prodigiosas lecciones de historia o medidas y profundas interpretaciones de la vida diaria que se reflejaba en la Prensa), entraba en el despacho de la Redacción. Abría la puerta desde fuera, desde el pasillo, aparecía cortés y afectuoso enmarcado en el hueco de la puerta, la cerraba, entraba, se sentaba en una silla cualquiera y nos acompañaba. Así ocurrió durante años. Se abría la puerta de la Redacción de la Revista y Maravall entraba, se sentaba y nos acompañaba. Llegó a ser una ley, un ritual enriquecedor, una costumbre (en el sentido en que la palabra costumbre alcanza en la poesía de Rilke: «... costumbres... No tenemos bastantes costumbres»). Cuando murió don José Antonio, supimos que teníamos que aprender a prescindir de esa costumbre: él nunca más volvería a abrir aquella puerta. Confiamos en que el tiempo nos ayudaría a enterrar aquella costumbre. Pero en esa costumbre había una dimensión enigmática, que no se dejaba avasallar por la razón. De manera que luego, ya muerto Maravall, cuando

se abría la puerta de la Redacción, María Antonia Jiménez, Blas Matamoro y yo sentíamos, por un instante avaricioso, ofuscado y leal, que Maravall iba a aparecer por la puerta, para charlar y acompañarnos. Esto, que es prodigioso, no tiene nada de extraordinario. Cualquiera sabe cómo es. Cualquiera que tenga bajo tierra a alguien a quien ha amado. Es, si cabe expresarlo de este modo, un prodigio trivial. Y es muy sencillo de explicar: se trata de la resistencia a prescindir de aquellos seres que nos son necesarios; se trata de la comprobación de que la muerte, en realidad, es frágil. El afecto profundo y la necesidad se hacen cómplices de unas habitaciones, de un espacio determinado, y entonces la muerte se diluye un instante, y se abre una puerta determinada, y él puede regresar, reanudar una charla. Este prodigio, afortunadamente, lo conocemos casi todos. Un espacio y una amistad se juntan, una puerta y un recuerdo se juntan, y de pronto la muerte es frágil: y durante un instante la vida es inmortal. Casi todo el mundo lo sabe. Nosotros lo supimos en aquella Redacción de la Revista. Recién muerto el maestro, ese sobresalto cordial era cosa diaria, repetida, instantánea. También era diaria la decepción de comprobar que quien abría la puerta no era nuestro amigo querido. Después, el tiempo fue espaciando aquellos sobresaltos emocionados y ya no lo aguardábamos siempre que sonaba la puerta. El prodigio, sin desaparecer, adelgazaba.

Un día, mucho tiempo después, los responsables de Cuadernos Hispanoamericanos nos trasladamos a otro piso del edificio, al quinto piso. La Revista pasó a ocupar despachos recién construidos, en donde, no sólo Maravall: nadie había entrado. María Antonia Jiménez, Blas Matamoro y yo estrenamos esos nuevos despachos. En un piso distinto, con espacios distintos, y con distintas puertas. Aquí trabajamos ahora. En un espacio todavía poco habitado, poco impregnado de los seres que en él vamos dejando parte de nuestra vida. Maravall nunca entró en este espacio. Y sin embargo, ahora, a veces, cuando se abre la puerta, esta puerta distinta, por un instante creo que va a entrar para acompañarnos don José Antonio Maravall: vivo.

(1989)

**Félix Grande**